

Los Libros

EL HOGAR DE LOS HOGARES, por *J. Alvaro Sol.*—Edit. Victoria.—
Buenos Aires.

He aquí el nombre de un autor desconocido para la mayoría de los lectores de nuestro país. Y sin embargo, su obra es ya considerable: cuatro títulos de novelas hablan con elocuencia de lo que las letras argentinas deben a Alvaro Sol: «*Adolescencias*», «*El Triunfo*», «*La Jaula Sangrienta*», «*Orquesta para la Noche*». En todas ellas, según el decir de la crítica, ha demostrado una poderosa fuerza creadora y un patético realismo de auténtica calidad. Tócanos ahora, juzgarlo por esta su última producción, cuya dedicatoria reza: «A los caídos en la semana argentina de enero de 1919; a los oprimidos, a los humillados, a los miserables; a ellos, mis hermanos». ¿Cómo pudiéramos definir este libro admirable? No hay en él una trama, es decir, no hay una, sino varias tramas, que van anudando y desatando vidas heroicas y miserables, almas sufrientes y espíritus encadenados, cuerpos en sazón y cuerpos ya desmaterializados. Se diría que en este libro se ha usado una técnica análoga a la empleada por Aldous Huxley en su «*Contrapunto*». Pero esta semejanza es sólo en la factura. Son seres muy diversos los que pueblan estas páginas, de los muñecos brillantes y superintelectualizados hasta el decadentismo, que nos ofrece «el más inteligente de los escritores reaccionarios de esta época», según el decir de H. G. Wells. Mientras de «*Point counter point*» se ha podido expresar que es

«el negativo de una gran novela», del libro de Alvaro Sol habría que afirmar que es el diapositivo perfecto, la imagen legítima de la novela de hoy. Obra totalizadora, en que el estudio de los caracteres individuales, no excluye la visión conjunta del conglomerado humano, que cae y se levanta para volver de nuevo a caer, en marcha hacia su redención.

El marco de la novela es un conventillo bonaerense, con sus múltiples personajes, amarrados cada cual a su destino, como torvos Prometeos a su roca. El «malevo» y el soñador viven separados por un tabique; la pasión romántica al lado del crimen, el delator miserable junto al heroico conductor de grupos; la avaricia y el ensueño, el hambre y la generosidad, la vida que nace y el funeral sombrío, la villanía incontrolada y la amistad sublime, larvas y reptiles junto a gacelas y a bestias de carga, todo esto yace, alienta, actúa en la vida y se proyecta dentro de la obra de Alvaro Sol, con contornos violentos y magníficos.

Pocos libros son capaces de llevar la emoción tan hondo en el lector. Hay páginas que recuerdan algunas de Dostoiewski con su fatalismo y sus crímenes y su renunciamento y sus análisis. Otras hay de la más pura calidad balzaciana. Y todo ello manejado con un estilo simple, sencillito, casi esquemático a veces; denso y sugerente, cargado de obscuras latencias otras. El drama social electriza a sus protagonistas y gravita sobre el cuadro panorámico de sus vidas paralelas u opuestas; al final de cuentas todos son arrastrados por la gran tragedia, unos hacia la muerte, otros hacia la vida: «Desde allí, los cinco, ante el imponente espectáculo de las llamaradas, del caserón convulsionado, de las gentes despavoridas, observaron a hombres y mujeres, grandes y chicos, jóvenes y viejos, que corrían hacia la calle, con ropas, muebles, útiles, herramientas, fotografías, recuerdos.

Guido se dirigió a sus compañeros:

—Un día todos los miserables saldrán a la calle. ¡El incendio ha de llevarlos!

Y se cierra el libro con esta visión iluminada a llamaradas, cegadora de resplandores áureos, mientras en la negra perspectiva de las calles quedan centenares de cadáveres abatidos por la metralla y las cárceles se llenan de carne joven y anhelante.

Mucho se ha hablado en los últimos tiempos—y con sobrada razón—de los grandes productos de la literatura ecuatoriana que, como «Huasipungo», «En las calles» y «Los Trabajadores», han renovado y sacudido la novela americana. Creemos sinceramente que el último libro de Alvaro Sol puede figurar con honra junto a esas obras, y junto a «La Vorágine», «El Roto» y «Los de Abajo», productos clásicos y de perdurable valer en la literatura de nuestro continente.—JUAN MARÍN.



HORIZONTE DESPIERTO. Poemas de Gerardo Seguel. Edit. Panorama. Santiago, 1936.

A las modas literarias, que dejan, evidentemente, huella profunda, y que hasta ayer se dividían en lucha agria el campo en que actúa la juventud, ha sucedido ahora la postura literario-política, con numerosos adeptos entusiasmados y predicadores intransigentes. Se quiere exigir al escritor—poeta o novelista—que ponga su creación literaria al servicio de las ideas políticas de izquierda, y se condena sin misericordia al que divide en forma absoluta su obra artística y sus actividades ciudadanas en la vida del país.

Si, como dice la Biblia, por sus frutos los conoceréis, examinando la obra literaria escrita con fines de propaganda se advertirá sin esfuerzo la medianía estética que se ha logrado siguiendo tales rutas. Mirando hacia México, el país de América en que tal postura se ha hecho más evidente, si se descuentan las obras de Mancisidor y de Sarquis, se tendrá la prueba irrefutable de que tal rumbo es equivocado.